

El secreto de la competitividad argentina: condiciones de vida y trabajo de los obreros rurales pampeanos durante la etapa agroexportadora (Argentina, 1880-1914)

The Secret of Argentine Competitiveness: Living and Working Conditions of Rural Workers in the Pampas During the Agro-export period (Argentina, 1880–1914)

Pablo Volkind*

Resumen: Entre fines del siglo XIX e inicios del XX la Argentina se incorporó plenamente al mercado mundial contemporáneo como receptora de capitales y proveedora de alimentos. En ese proceso, se consolidó una nueva estructura productiva y el país se transformó en uno de los principales exportadores de trigo y maíz a escala planetaria que tenían como principal destino las plazas europeas. En este trabajo analizamos cómo este extraordinario y veloz crecimiento agropecuario no se derivó únicamente de los elementos naturales o el supuesto “virtuosismo” de los terratenientes y grandes empresarios que maximizaron los factores de producción. Uno de los principales “secretos” que explica las elevadas rentas que embolsaban los dueños de la tierra y la magnitud de las tasas de ganancia que percibía la burguesía agraria, los almaceneros de ramos generales y el capital extranjero, se derivaba de las condiciones laborales y salariales de los obreros rurales. Ahí radicaba uno de los pilares de la competitividad argentina en la producción de granos.

Palabras clave: obreros rurales; Argentina; etapa agroexportadora.

* Pablo Volkind es profesor y doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como profesor de grado y posgrado en las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Es Director del Programa de Investigaciones sobre Historia Agraria de la Facultad de Ciencias Económicas (UBA). Actualmente dirige un proyecto de investigación sobre la historia de la apropiación de la tierra en Argentina. Ha contribuido con artículos, capítulos y libros que abordan diversas problemáticas agrarias como las transformaciones agrícolas en la etapa agroexportadora (1880-1930), los cambios tecnológicos, la estructura social agraria, la conflictividad obrera y chacarera, los patrones de distribución de la tierra y la influencia de las organizaciones de izquierda en el ámbito rural. E-mail: pvolkind@gmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0891-1151>.

Abstract: Between the late 19th and early 20th centuries, Argentina fully integrated into the contemporary global market as a recipient of capital and a supplier of food. During this process, a new productive structure was consolidated, and the country became one of the world's leading exporters of wheat and corn, with European markets as the main destination. In this paper, we analyze how this extraordinary and rapid agricultural growth was not solely the result of natural advantages or the supposed "virtuousness" of landowners and large entrepreneurs who maximized production factors. Rather, one of the main "secrets" behind the high rents collected by landowners and the substantial profit margins earned by the agrarian bourgeoisie, general store owners, and foreign capital stemmed from the labor and wage conditions of rural workers. This constituted one of the pillars of Argentina's competitiveness in grain production.

Keywords: rural workers; Argentina; agro-export period.

Introducción

La Argentina obtuvo su revancha en el siglo XIX cuando mayores facilidades de transporte permitieron la exportación de sus lanas, luego de sus carnes y cereales al tiempo en que el incremento de la población en los países industriales de Europa los tornó dependiente del extranjero para su alimentación. Ese nuevo mercado hizo la grandeza económica de la Argentina; gracias al mismo la pampa adquirió todo su valor como campo de colonización; gracias a él se reconoció su fertilidad, lo reducido de los capitales y brazos que exigía ponerla a producir, las facilidades que ofrece su superficie uniforme para la expansión metódica de los cultivos.¹

LAS APRECIACIONES del geógrafo francés Pierre Denis sobre las potencialidades de la Argentina, formuladas luego de su estancia en el país entre 1912 y 1914, enfatizaban un aspecto que luego se transformaría en la interpretación dominante sobre la etapa agroexportadora: la competitividad del nuevo "granero del mundo", y el desarrollo virtuoso que trajo aparejado, fueron resultado de las excepcionales condiciones agroecológicas de los suelos pampeanos y del uso eficiente de los recursos disponibles.²

En estas visiones, el papel de los trabajadores directos, tanto familiares como asalariados, que fueron los responsables de generar las cosechas récord entre fines del siglo XIX e inicios del XX, quedó secundarizado o directamente se difuminó. De este modo, no habrían tenido un lugar preponderante en un período caracterizado por la plena incorporación al mercado mundial contemporáneo como receptora de capitales y proveedora de alimentos, momento en que se consolidó una nueva estructura productiva y el país se transformó en uno de los

1 DENIS, Pierre. **La valorización del país**. La República Argentina – 1920. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1984, p. 29.

2 CORTÉS CONDE, Roberto. **El progreso argentino 1880-1914**. Buenos Aires: Sudamericana, 1979. DIAZ ALEJANDRO, Carlos. **Ensayos sobre la historia económica argentina**. Buenos Aires: Amorrortu, 1975. MIGUEZ, Eduardo. **Historia económica de la Argentina**. Buenos Aires: Sudamericana, 2008. HORA, Roy. **Historia económica de la Argentina en el siglo XIX**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.

principales exportadores de trigo y maíz a escala planetaria que tenían como principal destino las plazas europeas.

Distanciados de esas lecturas, entendemos que el extraordinario y veloz crecimiento agropecuario de ese período no se derivó únicamente de los elementos naturales o de las iniciativas de terratenientes y grandes empresarios que buscaron maximizar los factores de producción en beneficio del conjunto de la sociedad sino que uno de los principales “secretos” que explica las elevadas rentas que embolsaban los dueños de la tierra y la magnitud de las tasas de ganancia que percibía la burguesía agraria, los almaceneros de ramos generales y el capital extranjero que controlaba el transporte y la comercialización, se derivaba de las condiciones de trabajo de los obreros rurales. Ahí radicaba uno de los pilares de la competitividad argentina en la producción de granos.

El conjunto de trabajadores responsables directos de estas cosechas récord estaba conformado por pequeños y medianos productores, sometidos a diversos mecanismos que limitaron sus posibilidades de acumulación y capitalización, y por obreros agrícolas que, en su mayoría, realizaban labores transitorias. En este artículo centramos la atención en la fracción rural del proletariado local, protagonista fundamental de la extraordinaria expansión que experimentó la región pampeana entre 1880 y 1914. Se trataba de sujetos que, en un elevado porcentaje, buscaban reproducir su existencia – y en muchos casos también la de sus familias – mediante la venta de su fuerza de trabajo en las distintas tareas vinculadas con el cultivo de la tierra, a cambio de un salario o un jornal.³ Analizar las diversas formas que adoptó la expansión de las relaciones asalariadas en la agricultura permite recuperar elementos clave para reconstruir sus condiciones materiales de existencia, comprender cómo estas se expresaron e interactuaron dialécticamente con las formas de organización sindical y política, con las concepciones ideológico-culturales, y con las relaciones y conflictos que mantuvieron tanto con otros sectores agrarios como con la sociedad urbana de la que muchos también formaban parte.

En relación con el recorte temporal, se pueden identificar dos momentos: una etapa inicial que se extiende entre 1880 y 1900 y un período de consolidación que abarca la primera década del siglo XX, hasta los albores de la Primera Guerra Mundial. Con respecto al espacio seleccionado, nos concentramos en la región pampeana conformada por la provincia de Buenos Aires, el sur de Santa Fe y Entre Ríos, el sudeste de Córdoba y el noreste del Territorio Nacional de La Pampa, área que se consolidó como el epicentro productivo del país.

Para indagar sobre las condiciones de explotación de los jornaleros rurales resultó imprescindible reconstruir su peso numérico y procedencia, las labores para las que eran contratados, la duración de la jornada, la alimentación y vivienda que recibían, así como el monto de las remuneraciones que percibían. A su vez, reponer en el escrito los aspectos más

3 Los términos *salario* y *jornal* aluden a las distintas formas de remuneración que recibían los obreros rurales. En algunas tareas se les pagaba un salario mensual, mientras que en la mayoría de las labores vinculadas con la cosecha percibían un jornal, es decir, una suma de dinero por cada día trabajado. Incluso, en la recolección del maíz, les impusieron el pago a destajo, determinado según el número de bolsas que completaban.

relevantes vinculados con la conflictividad que protagonizaron y los pliegos de reivindicaciones que elaboraron también aporta información acerca de su situación concreta y sobre los múltiples elementos que se amalgamaron y le otorgaron una fisonomía particular a esta fracción de clase, tanto en el plano objetivo como subjetivo. Esta tarea fue posible a través de la integración de una variada gama de fuentes cuantitativas y cualitativas. Entre las mismas se destacan los boletines de población del Segundo Censo de la República Argentina efectuado en 1895, los periódicos del Partido Socialista, La Vanguardia, y de la principal corriente anarquista, La Protesta, que fueron las organizaciones de izquierda con mayor influencia entre los obreros rurales, y los diarios comerciales más importantes de la época que expresaban las perspectivas de distintas fracciones de las clases dominantes: La Nación y La Prensa. También se consultaron boletines, anuarios, censos e informes elaborados por las distintas dependencias del Ministerio de Agricultura de la Nación y del Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires. La articulación de las diversas fuentes permitió contrastar perspectivas, reforzar ciertas ideas y matizar algunos relatos.

Con respecto al papel y las características de los obreros rurales pampeanos existe un amplio espectro de interpretaciones que presentan marcadas disparidades. Algunas visiones enfatizan las múltiples oportunidades que tenían estos jornaleros para transitar un camino de ascenso social, lo atractivo que resultaban los salarios ofrecidos en las tareas agrarias y el armónico funcionamiento del mercado de fuerza de trabajo que tendía a equilibrarse sobre la base de la elasticidad de ese peculiar factor de producción.⁴ Otro grupo de autores, desde perspectivas heterogéneas, aportaron posiciones más críticas sobre sus condiciones laborales así como los recurrentes y prolongados períodos de desocupación a los que estaban sometidos.⁵

La pertinencia de estudiar hoy la historia de los obreros agrícolas pampeanos puede vincularse con dos cuestiones muy relevantes. En primer lugar, con la vigencia que aún poseen estos actores en una Argentina cuya principal fuente de divisas genuinas continúa siendo la exportación de granos al mercado internacional. En segundo lugar, con la posibilidad de aportar al debate contemporáneo en torno a la idea de una supuesta “Argentina potencia” consolidada entre 1880 y 1914, ofreciendo argumentos que permitan cuestionar dicha caracterización y jerarquizar el papel de la explotación de la fuerza de trabajo asalariada en la generación de la riqueza.

4 MIGUEZ, Eduardo. La frontera de Buenos Aires en el siglo XIX: población y mercado de trabajo. In: MANDRINI, Raúl y REGUERA, Andrea (comp.). **Huellas en la tierra**. Tandil: IEHS, 1993. BECCARIA, Luis. El mercado de trabajo argentino en el largo plazo: los años de la economía agro-exportadora. **Serie Estudios y Perspectivas**, Buenos Aires, n. 33, 2006. CORTÉS CONDE, op. cit.

5 ANSALDI, Waldo. **Conflictos obreros rurales pampeanos (1900-1937)**. Buenos Aires: CEAL, 1993. ASCOLANI, Adrián. Labores agrarias y sindicalismo en las villas y ciudades del interior santafesino (1900-1928). In: ASCOLANI, Adrián (comp.). **Historia del Sur Santafesino**. Rosario: Ediciones Platino, 1993. ASCOLANI, Adrián. **El sindicalismo rural en la Argentina**. Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Quilmes, 2009. SARTELLI, Eduardo. **La sal de la tierra**. Buenos Aires, Ediciones RyR, 2022. ADELMAN, Jeremy. Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la primera guerra mundial. **Anuario del IEHS**, n. 4, p. 293-333, 1989. PIANETTO, Ofelia. Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922. **Desarrollo Económico**, v. 24, n. 94, p. 297-307, 1984.

Los inicios de la expansión agrícola y el protagonismo del proletariado agrícola pampeano

EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS del siglo XIX se operaron una serie de transformaciones en nuestro país que resultaron en la consolidación de una formación económico-social capitalista y dependiente.⁶ El crecimiento de las inversiones extranjeras y de la producción agropecuaria se desplegó como un proceso simultáneo y contradictorio con un notable incremento de la población que atendió la incesante demanda de trabajadores y trabajadoras en las zonas urbanas y rurales.

En este segundo ámbito, la expansión de la agricultura y la ganadería, y las tareas transitorias asociadas a ambas actividades, fueron un factor fundamental en la estructuración de un mercado rural de fuerza de trabajo asalariado. El desarrollo de las colonias agrícolas había modificado el paisaje social en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos mientras que, en Buenos Aires, particularmente en el norte bonaerense, todavía predominaba la cría de ganado ovino para la exportación de lana sucia.

Estimulada por la demanda mundial y las necesidades del refinamiento del ganado, la superficie cultivada se iría abriendo paso en el conjunto de la región pampeana. Si en 1880 el área implantada con trigo, maíz y lino rondaba la cifra de 1.000.000 de hectáreas, para inicios del nuevo siglo superaba las 4.500.000 a pesar del impacto de la crisis de 1890, las variaciones del mercado externo e interno y las fluctuaciones en los flujos de inversiones extranjeras. Este marcado crecimiento se desplegó *pari pasu* con un incesante aumento de la demanda de mano de obra para la agricultura que a inicios de la etapa agroexportadora oscilaba en torno a los 20.000/30.000 y para 1900 ya se calculaba que se requerirían unos 70.000 obreros para garantizar las cosechas.⁷

Las labores vinculadas con la preparación del suelo, la siembra y el cuidado de los cultivos, en las chacras que no excedían las 200 hectáreas, solían efectuarlas los miembros de la unidad familiar dado que se podían efectuar a lo largo de varios meses con el concurso de dos adultos y la participación de los niños. Las condiciones se modificaban en el turno de la recolección. En ese momento el titular de la explotación requería indiscutiblemente contratar jornaleros que realizaban tareas transitorias y estacionales. La siega del trigo y el lino, mecanizada en todas sus etapas, demandaba -en promedio- unos 5 a 7 peones que operaban las segadoras y espigadoras importadas y en 20 días podían cosechar y emparvar alrededor de 150 hectáreas.⁸ Esta labor comenzaba hacia fines de noviembre y se extendía hasta febrero, permitiendo que un mismo trabajador participara de ambas actividades. Esta situación estaba cruzada, a su vez, por el hecho de que la diferencia climática entre el norte y el sur de la región pampeana

6 AZCUY AMEGHINO, Eduardo. **Herencia precapitalista, formación del capitalismo y antigua cuestión agraria en la Argentina dependiente**. Buenos Aires: Imago Mundi, 2022.

7 LAHITTE, Emilio. Puertos, transportes y jornales. **Boletín del Ministerio de Agricultura**. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura de la Nación, 1905.

8 MIATELLO, Hugo. **Investigación agrícola en la provincia de Santa Fe**. Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes, 1904.

generaba que las tareas se escalonaran a lo largo de varias semanas, exigiendo de ese modo la disponibilidad permanente de un significativo volumen de personal que, sin embargo, en la mayoría de los casos no conseguía ocupación de corrido durante los 6 o 7 meses.

Posteriormente, se efectuaba la trilla que permitía obtener un grano limpio y embolsado y demandaba un mayor número de operarios. Ahí entraban en escena los dueños de las trilladoras que, en su mayoría, eran empresarios contratistas que poseían un volumen importante de capital en maquinaria o terratenientes que disponían de las mismas. Para proveer el servicio se desplazaban de chacra en chacra con la trilladora, el motor a vapor y un contingente de 20 a 25 trabajadores que cumplían diversas tareas y poseían distintas calificaciones.⁹ Cuando se terminaba el trabajo de la trilladora en una parcela, los obreros desmontaban todo y lo trasladaban hasta la próxima explotación para reiniciar el proceso. El crecimiento de la superficie cultivada estimuló la importación de estas máquinas y para fines del siglo XIX se testimonia que miles trilladoras y jornaleros se desplazaban entre los campos a lo largo de dos o tres meses.¹⁰

En el caso de la recolección del maíz, existía una diferencia importante con respecto a la recolección de granos finos dado que la juntada se realizaba de manera manual, por lo que requería el concurso de un mayor número de jornaleros y jornaleras. Era una tarea que comenzaba hacia el mes de marzo y podía extenderse, en algunos casos, hasta junio.¹¹ En estas labores participaban mujeres, hombres y niños que tomaban parte de esta sacrificada tarea bajo condiciones precarias y extenuantes.¹² Una vez instalados en la parcela, realizaban el reconocimiento del lote y marcaban el área que le correspondería a cada uno. Luego se distribuía la cantidad de hileras, a las que se denominaban “luchas”, que cada juntador debía recolectar. Esas eran sus “luchas diarias”. En general, estos obreros podían completar una hectárea de maíz en 5 o 6 días aproximadamente.¹³ Posteriormente a la juntada se efectuaba el desgrane utilizando, en general, máquinas estáticas impulsadas por motores a vapor, muy similares a las requeridas para la trilla del trigo y el lino.

Dichas labores estacionales, articuladas con la demanda de obreros para las obras públicas, la construcción, el tendido de vías férreas o los trabajos portuarios, tendió a generalizar una pauta de trabajo transitoria que integraba los ámbitos rurales y urbanos a través de los desplazamientos interregionales e intrarregionales. Esta dinámica laboral urbano-rural se fue extendiendo y acentuando entre una elevada proporción de la población económicamente activa dado que la demanda de fuerza de trabajo industrial, de puestos fijos, no se hallaba suficientemente extendida. De este modo, la tendencia a la asalarización de buena parte de la fuerza de trabajo se contrarrestaba parcialmente, o en todo caso hallaba una de sus mayores

9 RAÑA, Eduardo. **Investigación agrícola en la provincia de Entre Ríos**. Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma e Hijo, 1904. p. 143.

10 CILLEY VERNET, José. **Los cereales y oleaginosas trillados en la provincia de Buenos Aires en la cosecha de 1895-1896**. La Plata: 1896. p. 60.

11 **La Agricultura**, p. 284, 4 abr. 1895.

12 **La Vanguardia**, p. 2, 10 sep. 1904.

13 MIATELLO, op. cit., p. 399-400.

especificidades, en el hecho de que sólo durante unos meses al año los trabajadores tenían medianamente garantizada la venta de su peculiar mercancía. Si bien esta particularidad generaba mayores dificultades para su organización, esta fracción del proletariado argentino se consolidó como producto de la amalgama de diversos ingredientes que le otorgó una fisonomía peculiar y reconocible a pesar de la diversidad de experiencias, procedencias, costumbres, conocimientos y anhelos.

Todos los caminos conducen al campo

DURANTE LOS INICIOS de la etapa agroexportadora, estos trabajadores provenían en su mayoría de dos afluentes: la población de las zonas rurales, de los pueblos y ciudades que estaban en crecimiento y de las grandes urbes como Rosario, Bahía Blanca y fundamentalmente Buenos Aires, a dónde arribaban anualmente miles de europeos. En menor medida – tal como sucedía desde el período colonial – acudían también pobladores de provincias del noroeste y el noreste argentino, a los que un testigo calificado de la época denominó “golondrinas criollos”.¹⁴ Con respecto al primer contingente, estaba compuesto por individuos que habitaban en explotaciones de hasta 10 hectáreas que debían complementar el ingreso de su parcela con la venta de su fuerza de trabajo a efectos de alcanzar la reproducción del grupo familiar y quienes habitaban en pequeñas ciudades y pueblos de las provincias y sobrevivían intercalando el trabajo en la esquila de las ovejas (durante los meses de octubre, noviembre y diciembre) con la posterior cosecha de trigo (diciembre, enero y febrero) y maíz (marzo, abril, mayo) para luego buscar ocupación en diversas “changas”, o sobrevivir mediante la caza de animales menores que les permitían resolver su alimentación.¹⁵ En este sentido, el desarrollo del capitalismo los había expropiado de los medios de producción, pero no había estabilizado todavía en las áreas rurales una demanda solvente capaz de determinar – sin perjuicio del ejército de reserva – un proletariado *full time*. Otros contingentes se desplazaban desde las grandes urbes, especialmente en las coyunturas de fuerte desocupación urbana.¹⁶ La necesidad de conseguir dinero para sobrevivir llevó a que miles de trabajadores se movilizaran hacia los campos entre diciembre y mayo, tal como lo evidencia el caso de los vendedores ambulantes (que se calculaban en 12.000 para 1901), de los obreros de la construcción, de los mecánicos, donde unos 2.000 se ofrecían como maquinistas y foguistas o de los que se dedicaban al tendido de las vías férreas.¹⁷ De este modo, confluían con torneros, costureras o zapateros que migraban a los campos empujados por la fluctuación propia de sus labores durante el período estival.¹⁸ En este período inicial de la etapa agroexportadora, todavía la proporción mayoritaria de la fuerza de trabajo asalariada

14 BIALET MASSÉ, Juan. **Informe sobre el Estado de la clase obrera**. España: Hyspamérica, 1985. p. 92.

15 **La Agricultura**, p. 48, 2 ago. 1940.

16 ALSINA, Juan. **El obrero de la República Argentina**. Buenos Aires, 1905. p. 291-292.

17 **La Prensa**, p. 3, 30 ago. 1901. **La Agricultura**, p. 850-851, 27 nov. 1902.

18 GARCÍA COSTA, Víctor. **Adrián Patroni y “Los trabajadores en la Argentina”**. Buenos Aires: CEAL, 1990. p. 146-154.

en la agricultura pampeana era de origen local. Así surge del análisis de las cédulas censales de 1895 permite advertir que, en los partidos bonaerenses analizados, más del 60% de los jornaleros era argentino, seguido por italianos y españoles.¹⁹ En esta etapa inicial, la mayor parte de los inmigrantes buscaban instalarse como agricultores y otros preferían permanecer en las zonas urbanas.

Los mecanismos para conseguir ocupación en las faenas agrícolas eran diversos. En general, si se contrataban peones para la preparación del suelo, la siembra o el cuidado de los cultivos éstos tenían un conocimiento más estrecho con el productor porque provenían de las zonas próximas y permanecían varios meses en la chacra. La situación se modificaba al momento de la cosecha dado que confluían en los campos miles de personas con diversos orígenes, experiencias y anhelos. Los que se desplazaban desde las grandes ciudades del litoral podían inscribirse en una agencia privada de colocación, la que tomaba a su cargo la tarea de conseguirles conchabo.²⁰ A cambio de estas prestaciones, estas agencias cobraban a los obreros elevados porcentajes de sus salarios y, en infinidad de casos, ofrecían condiciones laborales que luego no se cumplían.²¹ Otros se trasladaban por cuenta propia hacía los partidos bonaerenses, se arrimaban al almacén, a la casa de acopio o al boliche y esperaban que algún patrón agrario lo convocase. En general, estos obreros agrícolas transitorios solían tener muchas dificultades para sobrevivir durante el tiempo de espera –a veces prolongado– que debían transitar entre el arribo a la estación y la ocupación efectiva en la chacra.²² Una vez finalizadas las tareas se desplazaban a otras zonas donde pudieran encontrar trabajo. Sin embargo, las transiciones entre una labor y otra no siempre resultaban armoniosas. La mayoría de los jornaleros tenían dificultades para conseguir ocupaciones sucesivas, a veces podían transcurrir días, semanas y hasta meses enteros desocupados. En esos períodos, los asalariados consumían los restos de los jornales abonados y sufrían la apremiante necesidad de vender nuevamente su fuerza de trabajo en el campo o en la ciudad.²³ En reiteradas ocasiones los titulares de las explotaciones ofrecían un salario mucho menor al que se difundía por la prensa o prometían las agencias de contratación, aprovechando la situación desesperada de muchos peones que al no poder mantenerse ni poseer los medios para regresar debían –forzosamente– aceptar esos jornales.²⁴ Inclusive, los comercios rurales no les fiaban, obligando de esa manera a los trabajadores a buscar cualquier medio para poder salir de esa situación. Además, si no se contaba con recomendación de algún conocido o se carecía de referencias previas, era más difícil aún conseguir el trabajo, tal como les sucedía a aquellos que realizaban este periplo por primera vez.²⁵

19 **Cédulas de población del Segundo Censo Nacional, 1895.** Partido de Pergamino, Provincia de Buenos Aires (AGN), Legajos 801, 802 y 803.

20 **La Nación**, p. 1, 7 dic. 1895. **La Nueva Provincia**, 4 mar. 1904.

21 **La Vanguardia**, 24 oct. 1903. **La Protesta**, 28 sep. 1904.

22 **La Prensa**, p. 6, 21 nov. 1903. **El Comercio**, p. 1, 23 oct. 1902.

23 LALLEMANT, German. **La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina.** Selección de artículos de Germán Avé Lallemand. Buenos Aires: Editorial Anteo, 1974. p. 181.

24 **La Vanguardia**, 22 nov. 1911.

25 **La Protesta**, 2 nov. 1904.

El caso de los maquinistas y foguistas de trilladoras y desgranadoras solía presentar sus particularidades dado que se trataba de tareas más calificadas. En algunos casos ofrecían sus servicios a través de publicaciones en los periódicos o podían tener un trato preferencial en las agencias.²⁶ Por el papel que cumplían en la trilla, era común que – al igual que en la actualidad – los dueños de estos costosos instrumentos los contrataran a partir de un cierto conocimiento previo dado que depositaban en sus manos maquinarias onerosas.

El Estado nacional también intervino con el objeto de garantizar la provisión de brazos para la cosecha. Aunque las medidas que implementó tuvieron modestos resultados tanto en la atracción de los inmigrantes a nuestro país como en la distribución de los recién llegados a lo largo de la región pampeana.²⁷

Trabajo de “estrella a estrella”, jornales irrisorios y conflictividad agraria en los inicios del siglo XX

LOS OBREROS AGRÍCOLAS, que mayoritariamente desempeñaban tareas transitorias, desarrollaban sus labores en condiciones muy precarias. El trabajo en la cosecha de maíz resultaba extenuante, sobre todo cuando las plantas tenían muchas malezas. No sólo se estropeaba la ropa, sino que mujeres, hombres y niños estaban expuestos a lastimarse. Eran recurrentes las infecciones en las manos y resultaban difíciles de curar por la ausencia de condiciones de higiene y de atención médica. Por esta razón, los juntadores solían exigir un sobreprecio por bolsa para compensar la lentitud de la tarea. Avanzada la temporada y con las primeras heladas de otoño la labor se volvía más sacrificada. El rocío mojaba los pies y, en lotes con mucha gramilla, también se humedecía la ropa hasta la cintura. Además, no faltaban los dolores musculares y sobre todo el de cintura, ya que el cosechero se desplazaba todo el día con una bolsa de cuero entre las piernas denominada maleta. A esto se sumaba que a medida que pasaban las semanas las plantas de maíz comenzaban a volcarse y era necesario inclinar mucho el cuerpo para alcanzar las espigas.

Estos trabajadores pasaban en la misma chacra de 2 a 3 meses y durante ese lapso se alojaban en una especie de choza cubierta con la chala del maíz. Éste insumo también era utilizado a modo de colchón, debido a que no existía ninguna protección contra el frío que arreciaba en los meses finales de la tarea.²⁸

La jornada laboral se extendía de sol a sol (en realidad de estrella a estrella), y sólo se interrumpía para comer. El almuerzo y la cena consistían en pucheros muy sencillos mientras que para el desayuno y merienda, mate cocido y galleta. En muchas oportunidades se acordaba con el peón el pago del salario más la comida y si el alimento no era provisto por el chacarero, la familia cosechera debía cocinar en un fogón improvisado.

26 **La Nación**, p. 1, 6 dic. 1897.

27 **Memorias del Departamento General de Inmigración**. Buenos Aires, 1903. p. 23-26.

28 MIATELLO, Hugo. **El hogar agrícola**. Buenos Aires, 1915.

La remuneración para estos trabajadores se fijaba a destajo, o sea en función de la cantidad de bolsas recolectadas por día y de este modo, los patrones buscaban incentivar la productividad o la duración del trabajo diario. A la hora de discutir el monto a abonar, los peones solían exigir que se tuviera en cuenta el estado de las sementeras y la capacidad de la bolsa rastrojera dado que en reiteradas ocasiones les entregaban recipientes de 100 kg., en lugar de las de 80 o 90 kg. que solían utilizarse, con lo cual se requería más trabajo para completarlas.²⁹

Los trabajos requeridos en la producción triguera, especialmente en la cosecha, también resultaban extremadamente duros y pesados. Tanto el corte y trilla, la realización de las parvas, el acarreo y la estiba, implicaban grandes esfuerzos y riesgos que se prolongaban en jornadas agotadoras que parecían interminables. A esto se sumaba el polvo permanente que respiraban, la deficiente comida que les brindaban, y la impericia de una importante cantidad de contratistas que – por desconocer el modo adecuado de su funcionamiento – exponían al peón a un gran peligro físico ante la potencial explosión del motor a vapor que accionaba la trilladora. El trabajo en dichas máquinas era considerado el “más brutal” dado que se trabajaba al ritmo de ese medio de producción bajo temperaturas muy elevadas.³⁰ Al respecto, y sin perjuicio del sesgo de la fuente citada, algunas imágenes resultan sumamente sugestivas: “He visto en días calurosos – y en verano lo son casi todos – caerse los hombres boca abajo, echando sangre por la boca, y temblando, decir con voz desfallecida: -¡Patrón no puedo más, estoy enfermo!”.³¹

Con un tono más mesurado, desde el periódico oligárquico *La Prensa* se afirmaba que “muchos que no aguantan en las máquinas – como horquilleros o plancheros – por el trabajo enteramente pesado, al que lo hacen aún más insoportable las exigencias de los patrones, abandonan el trabajo dirigiéndose algunos a sus hogares para dedicarse a sus ocupaciones habituales” que demandaban menos horas de trabajo.³²

Las tareas en la zona del trigo se iniciaban hacia las 4 de la mañana y se extendían, bajo un sol abrazador, durante 13, 14 o 15 horas con escasos intervalos para “desayunar”, almorzar y tomar algo por la tarde. Frente a estas condiciones, para inicios del siglo XX, se registraron las primeras protestas cuyos pliegos de reivindicaciones ilustran sus condiciones de trabajo. Los asalariados exigían una jornada de 10 horas efectivas que arrancara a las 5:30, tuviera su primer descanso a las 7:30 (de media hora) para desayunar, a las 11 (de dos horas y media) para almorzar y a las 15:30 (media hora) para merendar, finalizando alrededor de las 19 horas. Además, se solicitaba mate con galletas por la mañana y la tarde, y puchero abundante y aseado con medio litro de vino para el almuerzo y la cena, puesto que ni siquiera les proveían agua limpia y fresca. También demandaban que el empresario – dueño de la máquina – dejara de vender los productos que transportaba en su casilla a un precio exorbitante, aprovechándose de la situación de relativo aislamiento en que realizaban su tarea. La vivienda constituía otro

29 *La Vanguardia*, p. 2, 23 ene. 1904. *La Protesta*, 28 sep. 1904.

30 PISANO, Juan. *El proletariado agrícola*. 1907. Tesis para optar al grado de doctor en jurisprudencia, Universidad de Buenos Aires, 1907.

31 *La Protesta*, 24 oct. 1903.

32 *La Prensa*, p. 6, 4 feb. 1904. *La Nación*, p. 9, 15 nov. 1905.

de los problemas: a diferencia de los juntadores de maíz, solían permanecer por menos tiempo en cada chacra, no tenían ni una lona para protegerse durante la noche y debían dormir a la intemperie, situación denunciada por diversos personajes insospechados de obrerismo.³³

En torno a la problemática salarial resulta muy difícil elaborar series completas y conocer con precisión los montos y la evolución de estos por falta de estadísticas oficiales continuas durante el período y por las variaciones que existían en función del cultivo y la zona en la que se trabajaba. Sin embargo, algunas estadísticas ministeriales, referencias en los periódicos obreros e investigaciones de organismos públicos y privados permiten disponer de un conjunto de datos que brindan indicios muy relevantes acerca de dicha problemática. Al respecto, puede advertirse que el ingreso percibido por los peones contratados para la preparación del suelo, siembra y cuidado de los cultivos solía abonarse por mes (debido a que eran tareas que se prolongaban por varias semanas) y era sensiblemente menor a la suma de los jornales recibidos por los peones de cosecha. Para esta última tarea existía todo un escalafón salarial vinculado al tipo de labores desempeñadas por los obreros. Los mejores pagos eran los maquinistas y foguistas de las trilladoras dado que, además de su remuneración mensual, recibían un porcentaje cada 100 kilogramos de trigo que se procesaba. En cambio, un peón de horquilla o de parva percibía un monto muy inferior y se le abonaba por jornal.³⁴

La segmentación del mercado de fuerza de trabajo en el terreno salarial no sólo se explica por las diferentes calificaciones demandadas, sino que también incidía la ubicación geográfica de la chacra y el grano cultivado. Al respecto, tenía una marcada relevancia la densidad de población en el área, la cercanía a importantes centros urbanos, el tamaño de las explotaciones (y por lo tanto el requerimiento simultáneo de peones) y el peso de la producción cerealera en ese partido. En ese sentido, el hecho de que en norte bonaerense se pagaran montos más elevados a los juntadores de maíz, mientras en el sur de la provincia se ofrecieran mejores jornales a los peones de trilla, respondía justamente a las características productivas de cada región. La desigualdad de género a la hora de fijar las remuneraciones fue otro de los factores que se evidencian también en los ámbitos rurales: mientras que los varones con manutención cobraban \$18,17 m/n, las mujeres sólo percibían \$9,75.³⁵ Al respecto, en un informe oficial de 1898 se afirmaba que un boyero (joven que cuidaba de los animales) recibía \$30 pesos mensuales mientras que una cocinera en una chacra mediana o grande cobraba \$20 por mes.³⁶

En relación con la evolución de los montos salariales podemos identificar dos momentos. En un principio, a lo largo de la década de 1880, la demanda de brazos para la construcción de ferrocarriles, para obras públicas y privadas y la posibilidad que aún existía – en cierto grado y

33 **La Vanguardia**, p. 1, 17 jun. 1905. **La Vanguardia**, p. 2, 25 ene. 1906. **La Nación**, p. 7, 5 oct. 1911.

DAIREAUX, op. cit., p. 329. FRANK, Rodolfo. La Trilladora. **Todo es Historia**, n. 423, 2002.

34 **Anuario Estadístico del Ministerio de Agricultura de la Nación**. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura de la Nación, 1901.

35 **Censo Agrícola-pecuario de la provincia de Buenos Aires**. Buenos Aires: Establecimiento Tipográfico El Censor, 1889, p. 94.

36 SEGÚI, Francisco. **Investigación parlamentaria sobre agricultura, ganadería, industrias derivadas y colonización**. Buenos Aires: Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898. p. 51.

medida – para acceder a una parcela de tierra generaron que, en algunas zonas y en ciertos momentos, tuvieran que ofrecer jornales más elevados para estimular los desplazamientos hacia los campos. Lamentablemente no se dispone de una serie de ingresos rurales para este período, aunque según refería el experimentado ingeniero agrícola Florencio Molinas, los años “normales” eran aquellos en donde los salarios eran bajos y no alcanzaban para garantizar las necesidades básicas de los peones y lo contrario era una excepción, no la regla. Al respecto, afirmaba que el trabajador generaba el equivalente a su salario en 4 horas aunque su jornada se extendía de 12 a 16 horas.³⁷ Este cálculo efectuado por Molinas resulta indicativo del elevado grado de explotación al que, desde los inicios de la etapa agroexportadora, fue sometido el proletariado agrícola por parte de los múltiples empleadores temporarios dado que en un tercio o un cuarto del día generaba el equivalente a su ingreso y las restantes 8 a 12 horas de trabajo excedente, resultaban la plusvalía que una vez realizada en el mercado se transformaba en la ganancia que acumulaba el empresario.³⁸ Además, éste no tenía entre sus preocupaciones la reproducción de la fuerza de trabajo a mediano plazo dado que, al año siguiente, en general, contrataban a otros empleados.

Hacia 1890, tras el impacto de la crisis económica, se puede identificar un segundo momento donde los salarios rurales perdieron el escaso “atractivo” que podían tener en los años previos. Diversos indicios señalan que durante esta década los jornales medios de las diversas ocupaciones no acompañaron los incrementos en los precios de bienes y servicios.³⁹ Al respecto, un periódico insospechado de obrerismo como el *Review of the River Plate* afirmaba que para 1895 el ingreso de un obrero rural era casi un 50% inferior comparado con la década anterior.⁴⁰ Para la cosecha de 1898/99, el funcionario del Ministerio de Agricultura – Emilio Lahitte, reconocía una situación similar.⁴¹ Así, hacia fines del siglo XIX, un peón para la siega (recolección del grano) podía cobrar un jornal de \$2,5 al igual que un horquillero de trilladora o un estibador mientras que en la ciudad de Buenos Aires un peón albañil recibía \$2,2 por día y un oficial \$3,50. En la juntada de maíz, como mencionamos en el apartado anterior, imperaba el salario a destajo y cada bolsa completa de 80 kilos se pagaba alrededor de \$0,25 a \$0,30 centavos. De este modo, un trabajador podía redondear \$2,5 diarios.⁴²

En los inicios del nuevo siglo la situación se agravó producto del incremento de la desocupación urbana y de la mayor disponibilidad de brazos para las cosechas que impactó

37 BLANC BLOQUEL, Adriana; BONAUDO, Marta; SONZOGNI, Elida; YENSINA, Carlos. Conformación del mercado de trabajo en la provincia de Santa Fe (1870-1900). Algunas aproximaciones. **Anuario**, n. 12, p. 287, 1986-1987.

38 El obrero vende su fuerza de trabajo que, al ser consumida en el proceso productivo por las personificaciones del capital agrario, genera un valor superior al requerido para la reproducción de su existencia. Esta diferencia entre valor creado y remuneración salarial que percibe es lo que Marx denominó plusvalía. MARX, Carlos. **El Capital**. México, Fondo de cultura Económica, 1995. tomo I.

39 POY, Lucas. **Los orígenes de la clase obrera argentina**. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896. Buenos Aires: Imago Mundi, 2015. p. 39 y 77-86.

40 GIRBAL DE BLACHA, Noemí. **Historia de la agricultura argentina a fines del siglo XIX (1890-1900)**. Buenos Aires: Fundación para la educación, la ciencia y la cultura, 1982. p. 170.

41 LAHITTE, Emilio. **Informes y Estudios de la División de Estadística y Economía Rural**. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura de la República Argentina, 1908, p. 43-44.

42 SEGUÍ, op. cit., p. 52.

nuevamente en el descenso de los salarios rurales. De esta forma, más allá de la diversidad de tareas, momentos y variabilidad de los montos según cada zona, la principal regularidad que se observa en todos los casos es que estos jornales se ubicaban muy por detrás de los ingresos que se requerían para reproducir la vida de un núcleo familiar.⁴³

En esta coyuntura, los obreros agrícolas organizaron sindicatos y desplegaron los primeros conflictos en la región pampeana. En este proceso jugaron un destacado papel inmigrantes y criollos anarquistas y socialistas que buscaron agrupar y orientar políticamente a los asalariados rurales y a los pequeños y medianos agricultores. Los individuos arribados desde Europa contaban con un bagaje y una experiencia previa que tuvo mucha incidencia en la formación de los gremios rurales. Así, para 1901, se elaboraron los primeros pliegos de reivindicaciones mediante los cuales se reclamaban mayores salarios y mejores condiciones de trabajo para los operadores de las trilladoras. También, al calor de la extensión de los conflictos, se fundaron diversos centros y sindicatos que agrupaban a los obreros rurales del norte de la provincia de Buenos Aires. En este contexto, a instancias del Partido Socialista, se reunió en agosto de 1902 el Primer Congreso de Obreros Agrícolas al que concurrieron 12 organizaciones de 10 localidades bonaerenses y santafesinas. Se acordaron allí varios reclamos y se decidió la conformación de la Federación Regional de los Centros Obreros del Norte y de la Costa de la Provincia de Buenos Aires y del Sur de Santa Fe. Si bien la vida de esta Federación fue efímera, su creación señaló el progreso de una nueva realidad que cobraba fuerza en la pampa a partir del peso creciente de los asalariados en las labores agrícolas.⁴⁴

La nueva composición del proletariado agrícola y el mito de la inmigración golondrina

ENTRADO EL SIGLO XX, se consolidó la producción agrícola y la venta de granos al exterior se transformó en el principal producto de exportación. La reconocida revista de la época, *Caras y Caretas*, sentenciaba que el país se había transformado en el “granero del mundo”.⁴⁵ La vertiginosa expansión de la superficie cultivada con trigo, maíz y lino en la región pampeana, pasó de 4.500.000 hectáreas en 1900 a 12.000.000 para 1914. Ese crecimiento fue posible, entre otros factores, por la incorporación de miles de nuevos trabajadores rurales entre los que se destacaron los obreros asalariados. Si, como ya referimos, para a inicios del nuevo siglo se requerían unos 70.000 jornaleros para las cosechas, ese número se elevó a 300.000 hacia 1913, momento en el que el país totalizaba una población que no llegaba a los ocho millones de habitantes. Las casi 50.000 explotaciones agrícolas mayores a 100 hectáreas, los

43 SANTILLI, Daniel. La canasta de consumo popular en la ciudad de Buenos Aires a fines del siglo XIX. *Investigaciones de Historia Económica*, n. 19, 2023.

44 *La Nueva Provincia*, p. 1, 4 abr. 1903. *La Vanguardia*, p. 2, 13 sep. 1902.

45 *Caras y Caretas*, n. 395, 28 abr. 1906.

contratistas de cosecha, una porción de los dueños de carros y las empresas que estibaban el grano en las estaciones demandaban asalariados.

A diferencia de la primera etapa, para mediados de 1900 se produjo un salto cualitativo en el arribo de inmigrantes que promediaron los 300.000 ingresos por año hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial, fenómeno que estuvo posibilitado, entre otros factores, por la disminución de la duración del trayecto entre un continente y otro, situación que se puede corroborar a través de diversas historias de vida.⁴⁶ El número de personas que arribaron anualmente al país prácticamente se triplicó con respecto al período anterior, así como también se incrementó el porcentaje de europeos que decidían radicarse en estas tierras: del 54% al 62%.

Entre los contingentes que se desplazaron hasta estas costas existió un porcentaje, mayoritariamente hombres jóvenes, que sólo venía para conseguir ocupación en la cosecha de trigo y maíz y luego de seis meses retornaba a su lugar de origen con lo que pudiese haber ahorrado.⁴⁷ Este fenómeno, denominado inmigración golondrina, ha sido magnificado e interpretado por algunas visiones historiográficas como signo de la prosperidad que se podía alcanzar en estas tierras producto de lo elevado de los montos salariales abonados a los obreros agrícolas en la recolección de los granos. Así, el diferencial de ingresos en esta actividad estacional habría sido el factor determinante para explicar el periplo de decenas de miles de inmigrantes transitorios. Ello evidenciaría el alto grado de integración que existía entre el mercado de trabajo argentino con los de Italia y España, “principalmente, llegando al caso de que entre 1900 y 1910 entraban y salían cada año de Argentina, un promedio de 100.000 trabajadores golondrinas”. Esta característica le otorgaba, según esta perspectiva, una gran elasticidad al mercado de fuerza de trabajo, lo que habría incidido en la antes mencionada relativa ausencia de conflictos sociales.⁴⁸ Por el contrario, las evidencias disponibles permiten afirmar que se trata de una interpretación apologética del período cuyo objetivo es enfatizar las supuestas bondades de una “Argentina moderna”, donde el libre fluir de los factores habría generado un crecimiento sostenido que permitió el progreso de todos los sectores sociales, incluidos los jornaleros rurales sobre quienes también se derramó la riqueza generada.

Con respecto a la llamada “inmigración golondrina”, diversos factores permiten acotar y relativizar su relevancia. Por un lado, las pésimas condiciones a las que estaban condenados durante tres semanas los pasajeros de tercera clase no resultaban muy estimulantes a la hora de encarar el periplo transatlántico: la comida, los lugares para dormir y demás “comodidades” eran casi inexistentes.⁴⁹ Es de suponer, por lo tanto, que sólo aquellos individuos acicateados por necesidades económicas extremas harían el periplo Europa-Argentina dos veces en seis meses. Sobre esta dinámica, resultan muy reveladoras las afirmaciones del experimentado

46 **El Museo**, Salto provincia de Buenos Aires, n. 19, p. 34, 8 mar. 2001.

47 **La Prensa**, 22 sep. 1897. **La Agricultura**, p. 812, 13 nov. 1902. A lo largo del periodo bajo estudio se registró un ingreso promedio anual de 110.000 extranjeros a la Argentina ver VAZQUEZ-PRESEDO, Vicente. **Estadísticas Históricas Argentina, 1875-1914**. Buenos Aires: Ediciones Macchi, 1971. p. 15.

48 DIAZ ALEJANDRO, op. cit. CORTÉS CONDE, op. cit., p. 192-211.

49 **La Nación**, p. 8, 15 nov. 1905.

capitán de navío, agente marítimo y colonizador, Luis Moltedo, que argumentaba, en una entrevista publicada en el diario La Nación, que la *inmigración golondrina* “era un mito” que no se correspondía con lo que efectivamente sucedía a la hora de recolectar los cultivos. Sostenía que la mayor afluencia de extranjeros arribaba entre octubre y noviembre pero que sólo un acotado porcentaje de éstos resultaban aptos para las labores agrícolas porque contaban con ciertos conocimientos previos. En el caso del resto, se trataba de antiguos residentes que habían emigrado y ahora regresaban. Además, explicaba que el dinero que podían ahorrar, en algunos casos, durante las cosechas no constituía un incentivo tan relevante dado el costo de traslado y manutención dado que resultaba imposible conseguir ocupación continua durante seis meses seguidos durante la cosecha de trigo y maíz. En un intento por ponerle números al fenómeno, calculamos los gastos e ingresos promedio que podía obtener un jornalero a lo largo de cinco meses (no se podía trabajar más de 20 días por mes) en 1911 y arribamos a la misma conclusión que Moltedo en su estudio: “en la práctica no le quedaría sino un resultado muy limitado, comparado con los trastornos y sacrificios necesarios para su movilización”.⁵⁰

Para explicar por qué los mayores ingresos se producían en el último trimestre del año y los egresos en el segundo del año siguiente, el agente marítimo argumentaba que la corriente que se iba y la que llegaba no estaba constituida por las mismas personas. Si bien se daba un gran movimiento entre noviembre y mayo, esto respondía a que los que estaban en Europa esperaban hasta terminar la cosecha en septiembre para venir hacia estas tierras y los que emigraban de aquí, aprovechaban la finalización de los trabajos agrícolas para llegar a sus hogares en primavera. En ambos desplazamientos se trataba de personas que habían residido varios años en el país.⁵¹ Un porcentaje minoritario regresaba luego de haber acumulado una cantidad de dinero suficiente para probar suerte en su tierra natal, un segundo grupo volvía – con algunos pequeños ahorros luego de una permanencia prolongada- porque extrañaban a parientes y amigos “o cansados de la ruda lucha sin el resultado satisfactorio que se habían imaginado”, y otros retornaban por un breve espacio de tiempo para visitar familia, casarse, resolver asuntos pendientes u otras tareas para luego embarcarse a la Argentina antes de que se iniciase nuevamente la cosecha.⁵² En definitiva, la evidencia desplegada indica que no habría existido una corriente de *trabajadores golondrinas* de tal magnitud como se difundía desde el gobierno y ciertos medios de prensa dado que las extenuantes condiciones de trabajo y los magros jornales no resultaban un gran atractivo.

El referido incremento de la inmigración produjo cambios en la composición de la fuerza de trabajo asalariada rural donde – a diferencia de lo sucedido en el período anterior – los jornaleros agrícolas extranjeros superaron proporcionalmente a los nacionales. Si bien por momentos, en los primeros años del nuevo siglo, se detectaron acotados desajustes entre la

50 Los gastos de manutención, viaje en barco y traslados internos insumían alrededor de \$350-380, mientras que los ingresos podían oscilar en torno a los \$400-450 para toda la temporada. **La Nación**, p. 8, 15 oct. 1911. **La Prensa**, p. 13, 2 sep. 1911.

51 **La Prensa**, p. 13, 5 sep. 1911.

52 **La Nación**, p. 6-7, 10 oct. 1911.

oferta y la demanda, estos no fueron – en lo fundamental – producto de la falta de población que buscara trabajo sino de la precariedad de los salarios, los engaños de las agencias de contratación y las condiciones de trabajo que se ofrecían que limitaban – en ciertos momentos – el desplazamiento hacia las zonas agrícolas.⁵³ Por otra parte, también incidía el desamparo en el ámbito judicial a la hora de resolver favorablemente los conflictos que se suscitaban con sus patrones.⁵⁴ De este modo, en algunos momentos se generó una situación paradójal: desocupación y escasez de trabajadores en el campo.

Con el correr de los años y el incremento de la inmigración, se fueron sentando definitivamente las bases para la consolidación de un mercado regional de fuerza de trabajo que, hacia mediados de la década de 1910, fue disminuyendo su dependencia de la afluencia permanente de europeos.

Condiciones de explotación de los jornaleros agrícolas en el “granero del mundo”

ESTA MAYOR OFERTA de trabajadores también tuvo un impacto en los niveles de ingresos de los obreros agrícolas. Las fuentes disponibles para el período indican que los salarios medios reales de las diversas ocupaciones experimentaron subas acotadas a lo largo de 10 años (1903-1913), mientras que los precios registraron mayores aumentos con el agravante de que en el medio rural, a diferencia de lo sucedido en la ciudad de Buenos Aires, el costo del transporte, el acotado número de comercios que operaban en cada zona y los frecuentes sobreprecios que le aplicaban a los productos impactaron en el valor de los bienes.⁵⁵

Con respecto a los salarios y jornales, el Ministerio de Agricultura publicaba los montos promedio que se abonaban en las principales tareas agrícolas sin contemplar las variaciones zonales (asociadas con distintos cultivos) y la distancia con respecto a las grandes urbes. Para el caso de la provincia de Buenos Aires, en el cuadro se pueden observar dos fenómenos. Por un lado, los conductores de segadoras y capataces de parvas, trabajos que requerían mayor calificación, experimentaron incrementos más significativos si se analiza toda la serie. Por el otro, se puede observar que los ingresos registraron recurrentes oscilaciones, aunque tanto en la campaña 1905/1906 como en la 1911/1912 se producen aumentos más significativos que oscilaron entre un 12 y un 20%. En el ciclo 1905/1906, el aumento estuvo vinculado con una significativa expansión del área cultivada y una demanda que desbordó, transitoriamente, la oferta de fuerza de trabajo para la recolección de los granos. Si bien la aparente y puntual “falta de brazos” en ese momento generó preocupación entre los terratenientes, empresarios y pequeña burguesía rural, éstos sectores recurrieron con regularidad a ese tipo de reclamos

53 *La Prensa*, p. 5, 1 ene. 1904. *La Prensa*, p. 8, 6 sep. 1904.

54 *La Vanguardia*, 9 abr. 1904. *La Agricultura*, p. 307, 30 abr. 1903.

55 BUNGE, Alejandro. Costo de vida en Argentina, de 1910 a 1917. *Revista de Economía Argentina*, año I, tomo I, 1918. FERRERES, Orlando. *Dos siglos de economía argentina*. Buenos Aires: Fundación norte y sur, 2020. SANTILLI, op. cit.

sólo como una estrategia que apuntaba a garantizar la provisión de cosecheros al menor costo posible.⁵⁶ El otro salto en los ingresos se registró en 1911/1912 y estuvo asociado con el conflicto diplomático que se suscitó con el gobierno de Italia que derivó en la suspensión que estableció ese país a inmigrar hacia la Argentina durante 1911 e impactó en arribo de jornaleros.⁵⁷

Cuadro 1: Ingresos promedio de los obreros agrícolas según actividad. Buenos Aires, 1903/1904-1913/1914 (en pesos moneda nacional)

Año Agrícola	Peones para la preparación de la tierra y siembra de cereales Por mes	COSECHA				
		Conductores de máquinas segadoras Por día	Peones de cosecha en general Por día	Capataz de parva Por día	Peones para la recolección del maíz Bolsa	Peones de trilla en general Por día
1903/04	33	4,2	3	5,35	-	3
1905/06	42	5	4	6,25	-	3,5
1906/07	40	4,5	3,5	6	0,35	3,5
1907/08	40	5	4	6	0,3	4
1908/09	40	5,5	4	8	0,3	4
1909/10	40	6	4	7	0,4	4
1910/11	40	5	4	6	0,25	3,5
1911/12	45	6	4	8	0,3	4
1912/13	45	6	4	7	0,4	4
1913/14	40	6	4	8	0,4	4

Fuente: elaboración propia en base a MINISTERIO DE AGRICULTURA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA. **Estadística Agrícola año agrícola 1916-1917**. Buenos Aires, 1917, p. 86-87.

A su vez, al contrastar los datos oficiales con otro tipo de fuentes resulta que para 1903/1904 si bien figura en las estadísticas del Ministerio de Agricultura que los peones de trilla recibían \$3 por día, en el periódico anarquista *La Protesta* se denunciaba que los plancheros y coleros sólo percibían \$2 y los horquilleros \$1,50.⁵⁸ Para 1905, el estudio realizado por el Director del Departamento General de Inmigración, Juan Alsina, ratificaba que los jornales efectivamente abonados a los trabajadores resultaban inferiores – en muchas oportunidades – a lo publicado por dicho Ministerio.⁵⁹

Además, es necesario tener presente que la discusión en torno a los montos salariales no debería oscurecer que la explotación del obrero no se mide por lo que el trabajador cuesta, es

56 **La Nación**, p. 6, 21 nov. 1905. Esta situación era denunciada por **La Vanguardia**, p. 1, 24 sep. 1905. **Anales de la Sociedad Rural Argentina**, p. 123, mayo-jun. 1905.

57 En el año 1910 ingresaron 345.200 inmigrantes mientras que para 1911 ese número descendió a 281.600 personas. En 1912 se registró una recuperación que ascendió a 379.100 arribos. VÁZQUEZ-PRESEDO, op. cit. DEVOTO, Fernando. **Historia de la inmigración en la Argentina**. Buenos Aires: Sudamericana, 2004. p. 291.

58 **La Protesta**, p. 3, 24 oct. 1903. Ibidem, p. 2, 24 dic. 1904.

59 ALSINA, op. cit., p. 292-293.

decir por lo que cobra, sino por lo que produce en relación a lo que percibe.⁶⁰ En ese sentido, las condiciones laborales de los jornaleros rurales permiten advertir, como analizamos en el acápite anterior, que su ingente trabajo excedente era acaparado y distribuido entre las diversas personificaciones de la burguesía vinculada a la producción agraria. Para ilustrar esta problemática, que condensaba uno de los principales secretos de la competitividad de la agricultura pampeana, el periódico *La Palanca* (órgano de difusión del socialismo en el partido bonaerense de Pergamino), denunciaba la diferencia que existía entre los ingresos de un empresario de trilla y los de un obrero que participaba en esa tarea: mientras que el primero acumulaba (devengados los gastos) unos \$12.350 por campaña, el trabajador podía cobrar \$180 por 60 días de trabajo que apenas le alcanzaban para cubrir los gastos en alquiler, comida, carbón y ropa.⁶¹

En el caso de la juntada de maíz, para la campaña 1904/05, la bolsa de 80 kilos se pagaba alrededor de \$0,25 a \$0,30 centavos. Así, si un cosechero completaba unas 10 bolsas por día obtenía un jornal promedio de \$3 mientras que los obreros transitorios contratados para las obras públicas, los ferrocarriles y las otras empresas privadas, cobraban alrededor de \$3,25 m/n.⁶² Los datos suministrados por los Boletines del Departamento Nacional de Trabajo para 1913, permiten advertir que los valores se habían elevado, aunque la relación entre las distintas tareas se mantenía más o menos constante. En la ciudad de Buenos Aires un adoquinador cobraba 4,5 pesos moneda nacional por jornada, un barnizador \$6 m/n, un ajustador \$5, un albañil oficial \$5, un albañil medio oficial \$3,5 y un albañil peón \$2,5, mientras que un maquinista recibía \$200 mensuales.⁶³ Para ese mismo año y en la provincia homónima, un juntador de maíz podía llegar a reunir un jornal que oscilaba entre \$4 y \$5.⁶⁴ Si bien estas cifras deben ser consideradas con muchos recaudos, indican que los salarios percibidos por la gran mayoría de los peones rurales transitorios apenas superaban a los ingresos de los obreros urbanos no especializados. Pareciera que sólo para los maquinistas y foguistas –los trabajadores más calificados–, los salarios ofrecidos constituían un verdadero atractivo para tomar parte de la trilla de los cereales. Inclusive, si en lugar de comparar los montos diarios se calcula la remuneración por hora en cada una de las ocupaciones, resulta que los obreros rurales cobraban menos dinero aún, debido a que su jornada se extendía entre 14 y 16 horas mientras que en las ciudades oscilaba en torno a las 10-12 horas. Así, aunque el asalariado agrícola pudiera ahorrar durante la cosecha porque no tenía gastos en vivienda y en muchas oportunidades tampoco en comida, la intermitencia, los traslados, la situación climática y los momentos de “paro forzoso” afectaban severamente sus ingresos, tal como analizamos anteriormente.

60 SALVATORE, Sergio. La renta diferencial internacional. Una teoría inconsistente. **Cuadernos del P.I.E.A.**, n. 2, p. 27, 1997.

61 **La Palanca**, 18 mar. 1906.

62 **Boletín del Ministerio de Agricultura de la República Argentina**, n. 6, p. 521, jun. 1912. **Revista de la Liga Agraria**, n. 11, p. 13-14, 1912.

63 **Boletín del Departamento Nacional de Trabajo**, Buenos Aires, n. 25, p. 1086-1088, 1913.

64 **Estadística Agrícola**. Año agrícola 1913-1914. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura de la República Argentina, 1914. pp. 74-75.

A su vez, el monto efectivo recibido en mano una vez concluida la tarea estaba mediado y condicionado por diversos procedimientos puestos en práctica por los dueños de trilladoras y almaceneros de ramos generales – a veces personificados en el mismo sujeto –, mediante los cuales retaceaban los jornales. En este sentido, se denunciaba que los peones “deben proveerse de lo que necesitan en el negocio instalado en el mismo lugar de trabajo, con lo que el patrón recupera buena parte de lo que pagó en salarios. Es indudable que allí se les hace víctimas de una vulgar estafa, cobrándoseles diez lo que vale uno”.⁶⁵ A la hora de calcular el salario que debía recibir cada trabajador se le realizaban los descuentos correspondientes a los objetos consumidos durante las semanas que duraban las labores y que eran provistos por estos empresarios: “alpargatas, tabaco, vino, calzoncillos, comida o bien adelantos en efectivo” que le permitían embolsar mayores ganancias debido a los elevados precios a los que vendía los bienes dado que tenía garantizado el monopolio del abastecimiento para sus obreros.⁶⁶ Esto no sólo sucedía con los trabajadores de las trilladoras; los juntadores de maíz también recibían adelantos en mercancías que luego eran descontadas por el chacarero o el almacenero – donde este tenía cuenta – a la hora de abonar los jornales por los trabajos en la cosecha.

También parece haber existido – con distintas modulaciones e intensidades – otra serie de mecanismos tendientes a garantizar la permanencia de los trabajadores cosecheros en las estancias al menor costo posible. Algunos testimonios denuncian que los grandes propietarios podían llegar a poner en juego sus vínculos, redes y entramados de poder contruidos históricamente en sus ámbitos comarcales con el fin de retener a los peones contratados que pretendían dar por terminado su trabajo en esas explotaciones al comprobar que las condiciones que les habían prometido no tenían ningún correlato con la realidad. En esas oportunidades, el libre juego de la oferta y la demanda y la predominante “coacción económica” que motorizaba los vínculos sociales daba paso al protagonismo de la fuerza pública, que pasaba a jugar un rol fundamental en la regulación y reglado de las relaciones laborales, garantizando la permanencia de los peones hasta que terminaran sus labores.⁶⁷

Frente a estas condiciones, los trabajadores lograron mantener ciertas formas organizativas y protagonizaron distintas protestas durante el primer quinquenio del nuevo siglo. Para mediados de 1903 se desplegaron conflictos de estibadores y carreros en diversas localidades de la región pampeana que exigían mejoras en los jornales, disminución del peso de las bolsas, comida nutritiva y descansos más prolongados. Al año siguiente el epicentro de las huelgas se trasladó al sur bonaerense, zona donde se extendía con rapidez la superficie cultivada con trigo. Unos meses más tarde, también se nuclearon los cosecheros en el norte de dicha

65 RODRIGUEZ TARDITTI, José. Los trabajadores del campo. **Revista de Ciencias Económicas**. n. 57, p. 387, abr. 1926.

66 MASSEI, Alejandra. Una familia de empresarios rurales en el sureste de Córdoba (1894-1930). **América Latina En La Historia Económica**, n. 33, p. 127-157, 2010. Disponible en: <https://alhe.mora.edu.mx/index.php/ALHE/article/view/431>.

67 **La Vanguardia**, 13 feb. 1904. **La Protesta**, 2 nov. 1904.

provincia aprovechando el momento en el cual se concentraba el mayor número de asalariados y las negociaciones podían deparar un mejor resultado. Pero fue en la campaña 1904/1905 donde se evidenció un pico en la conflictividad rural que se extendió espacialmente y alcanzó a varias provincias.⁶⁸

En general, estas protestas no podían prolongarse demasiado debido a que el lapso que había para recolectar los granos era relativamente breve. Así de breve también solía ser la vida de los sindicatos que se conformaban para unificar los reclamos de los braceros, obreros de trilladoras y juntadores que se desempeñaban entre los meses de diciembre y mayo. Esta dificultad tenía como contracara la recurrente movilidad entre el campo y la ciudad que le permitía a los trabajadores entrar en contacto con las corrientes, dirigentes y sindicatos que se organizaban en el medio urbano y que tanta influencia tuvieron en el ámbito rural, particularmente el anarquismo que se amalgamó y sintetizó con la experiencia y el sustrato de esos peones rurales criollos.

En la segunda mitad de la década de 1900, se advierte un retroceso en la conflictividad rural organizada. Los periódicos nacionales y las publicaciones de las diversas organizaciones sindicales y políticas de izquierda sólo reflejan un muy acotado número de protestas agrarias entre 1907 y 1914, protagonizadas particularmente por estibadores y conductores de carros. Entre ellas se destacan la de los carreros de Quemú-Quemú, Territorio Nacional de La Pampa, en 1911 y el acompañamiento de algunos sectores a la primera gran protesta chacarera de 1912 conocida como el “Grito de Alcorta”.⁶⁹ Si bien algunas interpretaciones analizan este fenómeno como resultado de un significativo incremento salarial que habría contenido las necesidades de los trabajadores y habilitado la posibilidad del progreso social, la ausencia de huelgas o movilizaciones no se explica porque necesariamente los jornaleros estuviesen a gusto con sus tareas y remuneraciones. Por el contrario, durante este período no sólo no mejoraron las condiciones laborales y salariales, sino que empeoraron. Si esta situación encontró mayores dificultades para canalizarse a través de instancias organizativas y acciones de protesta manifiestas fue producto de una multiplicidad de factores que se conjugaron y dieron por resultado una aparente tranquilidad en los campos. Entre ellos se destacó el marcado incremento de la inmigración que tuvo un fuerte impacto en el mercado de fuerza de trabajo y multiplicó la oferta de brazos a partir de 1905. De este modo, el continuo flujo de personas que desembarcaban en estas costas terminó desbordando la demanda de brazos para la cosecha. En ese mismo año, se produjo otro suceso que impactó en la organización obrera: el levantamiento armado protagonizado por la Unión Cívica Radical para intentar desplazar a los gobiernos conservadores que se sostenían en el poder mediante el fraude electoral generó como respuesta una ola de persecuciones que reforzó la ofensiva represiva e incluyó el encarcelamiento y la deportación de cientos de trabajadores, particularmente anarquistas.⁷⁰

68 **La Protesta**, p. 2, 24 dic. 1904.

69 GRELA, Plácido. **El Grito de Alcorta**. Rosario: Editorial Tierra Nuestra, 1958.

70 En 1902 el Parlamento aprobó la Ley de Residencia que habilitaba la persecución y expulsión de los inmigrantes

Otro de los elementos estuvo vinculado con las tensiones que se agudizaron dentro de las propias organizaciones políticas y sindicales que derivaron en alejamientos y fracturas. Una de las más relevantes fue la que se evidenció en 1906, cuando los Sindicalistas Revolucionarios fueron expulsados del Partido Socialista y emprendieron una ardua tarea para consolidar e incrementar su influencia entre los obreros urbanos. También entre los ácratas se produjeron fuertes disputas. Tampoco puede soslayarse la situación económica y las particulares coyunturas depresivas como la de 1906/1907 o el impacto de las inclemencias climáticas que afectaron la cosecha triguera de los ciclos 1908/1909 y 1909/1910.⁷¹

Estos elementos operaron en simultáneo con un proceso caracterizado por la acumulación de malestar, reclamos y tensiones que perfilaba con mayor nitidez las particularidades de esa fracción de la clase obrera argentina. La conformación de este proletariado agrícola estuvo atravesada por múltiples factores que incidieron en el plano objetivo y subjetivo. Por un lado, resultó de la confluencia de diferentes sectores sociales (peones y campesinos expropiados del acceso a los medios de producción para garantizar su subsistencia, pequeños artesanos, cuentapropistas). Por otro, requirió de la amalgama de sujetos que provenían de diversas latitudes y portaban disímiles experiencias culturales (migrantes internos, obreros urbanos, jornaleros y campesinos inmigrantes que, en muchos casos, se proletarizaron al cruzar el Atlántico). A su vez, la dispersión espacial, la baja concentración de trabajadores por unidad productiva, la estacionalidad de las labores y la heterogeneidad de los empleadores que los contrataban también generaron mayores dificultades para reconocer y reconocerse.

En estos años, las tensiones que recorrieron los vínculos laborales en las zonas rurales se evidenciaron fundamentalmente a través de conflictos cotidianos, informales, aislados y acotados, que se manifestaron -incluso- en el ámbito legal.⁷² Así, las diversas formas en que se canalizó la protesta obrera no se explican sólo por condiciones coyunturales adversas: “abundancia” de brazos, malas cosechas o crisis externa sino que también tuvo una marcada incidencia el grado de conciencia política de esos trabajadores, subjetividad que maduró al calor de su experiencia, sus antagonismos con otras clases y sectores, las políticas gubernamentales, las propuestas de las organizaciones de izquierda, las concepciones ideológicas predominantes en aquella época y el tipo de país.⁷³

Hacia 1914, con el inicio de la Primera Guerra Mundial, las migraciones internacionales arrojaron por primera vez un saldo negativo. Esto generó cierta alarma en el gobierno, la burguesía agraria y los chacareros por temor a no contar con los brazos suficientes para levantar la cosecha. Sin embargo, para este momento, el número de trabajadores radicados

que generaran “disturbios”. Además, la declaración del Estado de Sitio se volvió una práctica recurrente por parte de las clases dominantes durante la primera década del siglo XX. BILSKY, Edgardo. **La F.O.R.A. y el movimiento obrero**. Buenos Aires, CEAL, 1985. p. 88.

71 **La Prensa**, p. 1, 1 ene. 1911.

72 PALACIO, Juan Manuel. **La paz del trigo**. Buenos Aires: Edhasa, 2004. p. 161-162. SCOTT, James. **Los dominados y el arte de la resistencia**. México: ERA, 2000.

73 Sobre estas problemáticas en las últimas décadas se puede consultar VILLULLA, Juan Manuel. **Las cosechas son ajenas**. Historia de los trabajadores rurales detrás del agronegocio. Buenos Aires: Cienflores, 2015.

en el país, el retroceso de la actividad productiva y los crecientes niveles de desocupación, generaban las condiciones para que se pudiesen atender los cultivos sin dificultad. Era tal la desesperación por conseguir ocupación que un periódico del sur provincia afirmaba que “los obreros, sin recursos de ninguna clase y apremiados por el hambre, en el deseo de ir a puntos donde se supone que las faenas agrícolas comenzaron ya, toman los trenes por asalto sin sacar boleto y ubicándose hasta en los techos de los coches”.⁷⁴

Habría que esperar hasta la finalización de la contienda bélica para que, en una coyuntura caracterizada por la recuperación de las economías europeas, el incremento de la demanda de granos y la influencia de la Revolución Rusa, se generaran las condiciones para que los asalariados agrícolas protagonizaran un ciclo de protestas como no se había producido con anterioridad.

Reflexiones finales

A LO LARGO del período analizado, en Argentina se consolidó una estructura económico-social caracterizada por la producción primaria para exportación donde el cultivo de la tierra se transformó en uno de los pilares fundamentales. Este proceso no sólo fue posible por la disponibilidad de tierras, el papel de los agricultores, la masiva importación de maquinaria y el incremento de la demanda mundial de alimentos sino por el trabajo realizado por cientos de miles de obreros que se trasladaron a los campos campaña tras campaña.

La acelerada expansión de la superficie sembrada demandó un marcado crecimiento del número de asalariados rurales que atendieran las distintas tareas y particularmente, las cosechas. Estos peones agrícolas pampeanos desarrollaron sus labores bajo la inexistencia de leyes protectoras, durante jornadas interminables que podían extenderse por 16 o 17 horas, en condiciones insalubres, recibiendo pésima alimentación y alojándose a la intemperie. Los salarios recibidos en algunos años podían resultar tentadores para aquellos que desempeñaban tareas temporarias en las ciudades o en los pueblos y zonas rurales cercanas, pero el trabajo de estrella a estrella, la venta de mercancías a un costo muy elevado y las posibles deducciones a sus jornales a los que estaban expuestos, le quitaban parte de su atractivo. A su vez, fueron víctimas de engaños y estafas, no sólo por parte de los almaceneros de ramos generales, sino también por los titulares de las grandes propiedades, las agencias de contratación y los empresarios de trilla que se valieron de un sinnúmero de estrategias para garantizarse la explotación de la mano de obra necesaria al menor costo posible.

Por lo tanto, que los salarios rurales eran elevados, resulta una expresión de dudosa validez teórica, sostenida por algunos protagonistas de la época e interpretaciones historiográficas posteriores. Estas reconstrucciones, en línea con una visión apologética de la etapa agroexportadora, presuponen la existencia de un crecimiento económico excepcional que

⁷⁴ **Diario del Pueblo**, p. 3, 11 dic. 1914.

habría garantizado el “derrame” de la riqueza sobre el conjunto de la sociedad. Bordean, así, una lectura fisiocrática que asocia unilateralmente la riqueza nacional a la “productividad natural” y a las “ventajas comparativas” derivadas de la fertilidad del suelo argentino. De este modo, pretenden diluir la relación social de explotación de la cual emanaba dicha riqueza.

El protagonismo que adquirieron los obreros rurales a lo largo de este período, sus condiciones de trabajo y los montos que percibieron por las tareas que ejecutaron permiten comprender por qué se constituyeron en uno de los pilares de la competitividad de la agricultura pampeana de la Argentina “granero del mundo”.

Para contrarrestar dichas condiciones, los trabajadores buscaron distintos canales de expresión: desde el reclamo particular, la rotura de una máquina o una presentación judicial hasta la organización gremial y la elaboración de pliegos de reivindicaciones que evidenciaban su situación en el plano laboral. Fue justamente esta última modalidad la que cobró forma a inicios del siglo XX donde se multiplicaron los sindicatos de oficios varios, de carreros y estibadores en diversas localidades de la región pampeana, mayoritariamente orientados por socialistas y anarquistas. Este salto en el plano organizativo fue el resultado de diversas prácticas y conflictos que cristalizaron en un sustrato común y reconocible. Así lograron superar obstáculos objetivos y subjetivos que imperaban en aquel período a pesar del recorrido sinuoso que tuvieron que transitar.

Recebido em: 17/06/2025

Aprovado em: 29/10/2025